

...que tales fueran las leyes
—Es muy poco que hay hombres
El capitán A basco creyó la guerra de los
batido de Ignacio Pérez y el inválido empujado en camino
sector de las tres de la tarde del día 15 de octubre de 1810

TERCERA PARTE.

Dios, mi brazo y mi derecho.

TERCERA PARTE.



Dios, mi brazo y mi derecho.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE SAN MIGUEL

TERCERA PARTE

El Dios, mi brazo y mi derecho.

...fue a poco el viento levanta una gran nube de polvo que cubre el camino y se ve a lo lejos el ruido de las ruedas de los coches que se acercan por los caminos de las montañas...

CAPITULO I.

UNA NOCHE HISTÓRICA.

I.

El viajero que sale de la encantadora ciudad de San Miguel el Grande, caminando hácia el Norte, encuentra un sendero pedregoso que guia á la ruta que parece encumbrarse á la cima gigante de la Sierra.

Una pendiente suave por el costado de las montañas conduce á un valle solitario y amurallado, excepto por el rumbo donde se observa el camino real, aperciéndose en el fondo una claridad purísima, en cuyo azul del horizonte se dibujan rocas y montañas como las olas de un mar lejano.

Siguiendo ese sendero abandonado y silencioso, en cuyos lados se extiende una sucesion de nopales y arbustos, se divisa una torrecilla que se destaca como una aguja en el poético caserío.

La torre es blanca y se alza sobre el vapor rojizo del valle, teniendo á su pie un canastillo de yerba que parece alfombrar el átrio de la iglesia.

Poco á poco el viajero descubre una casa aislada, despues otra, á gran trecho otra, hasta penetrar en una calle formada por dos hileras de habitaciones bajas, algunas con rejas de madera y otras de fierro.

Todas las ventanas están cerradas, la calle sola.

Por intervalos se oye el chasquido del látigo y el silbo del arriero que conduce su *atajo*, y el monótono ruido de los cerros.

Uno que otro postigo se abre, asoman un par de ojos negros y brillantes, y el postigo se cierra instantáneamente.

Los muchachos lanzan algunos gritos azuzando á los perros, que siguen ladrando á las mulas, y todo vuelve á quedar en silencio.

La plaza del pueblo la forman algunos edificios, dos portales y la parroquia, que es una capilla modesta, rústica, se puede decir, con toda la sencillez de los tiempos primitivos de la colonia.

Unos arriates enjarrados de colorado, forman un cuadro en la plaza, y los árboles que contienen, dan abrigo y sombra á multitud de pajarillos, que al caer de la tarde cantan sus últimos trinos sobre las ramas.

Detras de la parroquia, y á los costados en direccion al camino del Interior, se extiende una sucesion de casas de un solo piso, que cada una tiene un jardin lleno de flores, y sus vides que trepan por las cercas tapizando los muros medio derruidos.

Este grupo de casitas y de viñas que parecen buscar arrimo en la iglesia, es lo que aparece en lontananza como un canastillo tirado al descuido al pie de la torre.

Tal es el pueblo histórico de Dolores.

Desde el momento en que el viajero sabé que se encuentra á corta distancia, comienza á fijar tenazmente su vista con aquella emocion ardiente con que un hijo se acerca al hogar de sus abuelos.

Los árboles, las piedras, las casas, la arena, el rumor, el silencio, todo envuelve el mas sagrado de los recuerdos.

Algo se busca en aquel sagrado recinto.

Por instinto invencible el viajero se descubre la frente, sus ojos se llenan de lágrimas y su corazon se estremece de ternura!----

Nosotros hemos pasado por tu suelo en los dias aciagos de la revolucion, y hemos caido de rodillas y empapado con nuestro llanto aquella tierra sagrada!----

Salve! salve tres veces, cuna de la libertad y del heroismo! Que el sol de los recuerdos ilumine tu frente en un dia inmortal! que la sombra de nuestros mayores que vaga indecisa sobre tus muros, vele tu sueño y el génio te cubra con sus alas como el sagrario que contiene la hostia de nuestras esperanzas y de nuestras creencias!

II.

La memorable noche del 15 de Setiembre de 1810, Hidalgo se encontraba en su curato de Dolores.

El trascurso del tiempo habia obrado una completa metamorfosis en el alma gigante del antiguo rector del colegio de San Nicolas.

Ya no era aquel hombre que despertaba al estruendo de la revolucion francesa y saturaba su espíritu con las corrientes abrasadas de aquel pueblo, en el movimiento mas asombroso que se registra en el álbum del siglo que acaba de hundirse.

Las ideas habian tomado otra forma real en su desarrollo práctico; Hidalgo habia establecido una colonia modelo bajo la base civilizadora del progreso y del adelanto.

Llamó, como el Salvador, al ciego y le hizo ver la luz.

Trabajando en el silencio místico del confesonario, había infiltrado en sus colonos la idea de la emancipación en el trabajo.

Estableció fábricas, hizo plantíos, inauguró academias, llevando como guía el pensamiento de la libertad.

Este pueblo, decía Hidalgo, tiene que tropezar ante el obstáculo de la dominación y marchará solo á romper el dique que se opone á sus avances; pongámosle en el camino y encomendemos al tiempo lo demás.

La tierra dió sus frutos y los colonos no pudieron aprovecharlos, porque tenían sobre su frente el anatema civil y religioso.

Este encadenamiento del trono y el altar era peligroso en los momentos de la revolución; porque esa liga podría arrastrar á ambos poderes á un abismo.

El pueblo dormía en el letargo de la conquista, era necesario que una mano atrevida hiciera crugir los hierros para despertarle.

Ante los obstáculos de una negativa perpétua y perenne contradicción, los ánimos se exaltarían hasta lanzarse en el terreno de la revolución.

He aquí lo que esperaba Hidalgo.

El sacerdote fiaba al tiempo la ejecución de su obra; pero llegó á comprender que la humanidad no puede dar un solo paso sin estremecer al mundo.

Que esperar el derrumbamiento del edificio era aplazar al porvenir y encadenar á las generaciones indefinidamente.

La revolución española estaba en la crisis más terrible y el momento no podía ser más oportuno.

El pueblo conquistado oía hablar de independencia, y presenciaba los preparativos para la eventualidad en que el pabellón francés quisiera llegar á nuestras playas.

Entonces pensó en su situación, supo que era legítimo el derecho de defender el suelo de la patria, y comprendió que la libertad es el arco de alianza entre el hombre y su Criador.

Hidalgo había hecho un gran acopio de conocimientos, estudiando en la enciclopedia todas las materias sobre fundición, porque estaba seguro que llegaría el momento de fabricar cañones.

Era una revolución excepcional, tenía que formarse desde el hombre en su calidad de ciudadano, hasta la arma que había de servirle para defender sus libertades.

Era necesario anticiparse al destino.

Hidalgo estaba en el momento de la predestinación, su espíritu inquieto le anunciaba que la hora había llegado.

Hay veces que el cerebro se ilumina de súbito con uno de aquellos relámpagos que preceden á las grandes creaciones.

Hemos visto á Hidalgo presentarse en el tumulto de los conjurados á explicar su tardanza y señalar el día de la erupción.

Era que ya la atmósfera le ahogaba, que las alas del alma pedían espacio para ensancharse, que el génio encarcelado en el recinto estrecho de su cráneo, quería dilatarse, volar, abarcar el cielo é inundar en olas de fuego la extensión de su continente.

III.

El cura de Dolores se paseaba inquieto por su aposento, preocupado por la constante idea que bien pronto debía realizarse.

Deteníase algunos momentos frente á su mesa, tomaba un libro, lo hojeaba y volvía á dejarle sobre la carpeta.

Aquel hombre había envejecido, sus condiciones físicas habían cedido más bien á las agitaciones del espíritu que al paso de los años.

Ya no era el sacerdote de frente erguida y dominante; aquella cabeza encanecida en el estudio se doblegaba en el apoteosis de la veneración.

La mirada se había dulcificado intensamente, y toda aquella faz antes nerviosa y contraída, aparecía serena en la irradiación de un profundo amor á la humanidad.

Estaba en la plenitud del sacerdocio.

Si aquel hombre hubiera desaparecido en aquellos momentos, hubiera arrastrado tras sí el cadáver de un pueblo.

Era un astro visible para la humanidad al tocar el último punto del horizonte.

Había consumido su existencia en la elaboración del pensamiento, para realizarlo en la duración de un relámpago.

Aquel hombre tenía puesta la mano sobre la carta del mundo.

Aquella noche solemne tenía una cita histórica con Jorge Washington.

Sacerdote, con el misterio de sus palabras haría descender á Dios á sus manos sobre el ara.

El pueblo acudiría al acento de sus libertades.

El vino se convertiría en sangre, porque la sangre es el precio de la redención del hombre.

La sangre correría á torrentes hasta redimir á un pueblo esclavizado.

La América está en la noche de su destino.

El cura Hidalgo sentía algo extraño en su alma; su ser todo le revelaba la tempestad que tronaba sobre su existencia; pero aquel huracán desaparecería en el horizonte como las tormentas boreales.

Agitado, inquieto, y abrumado por el mundo despierto de su imaginación, quiso dar tregua á aquella lucha perenne, aspirar el aire libre.

Tomó su sombrero, se envolvió en su capa y tomó la dirección de la plaza.

Sentóse bajo uno de los copados árboles, descubrió su frente y se puso á contemplar el abismo del cielo.

Las nubes volaban en grupos impulsadas por el viento, y las estrellas se destacaban en el fondo oscuro del cielo.

El aire corría saturado con el perfume de las flores húmedas aún con la lluvia de la tarde.

La naturaleza parecía hundirse en el profundo letargo de sus sueños.

IV.

Las campanas de la parroquia dieron el toque de *ánimas*.

El sacerdote dejó su asiento y se dirigió á la casa de don Nicolás Fernández de Rincon, subdelegado del pueblo, donde se hallaban reunidos los principales señores en la tertulia nocturna.

—Muy buenas noches, señores, dijo Hidalgo acercándose á la mesa de *cartas*.

—Hola! señor cura, dijo Rincon, tenemos hoy novedad.

—Cuál? preguntó algo alarmado el cura.

—La tertulia cuenta con un socio mas.

—Hacedme el favor de presentármelo para hacer las amistades.

Un español llamado Ignacio Diez Cortina, que había llegado á encargarse de los diezmos, era el nuevo compañero de los tertulianos.

—Ya nos conocemos, dijo Cortina; aunque el señor Hidalgo ha faltado á las reuniones, no por eso hemos dejado de vernos. Efectivamente, el señor cura es una persona que me distingue con su aprecio y vive correspondido.

—Gracias, señor Cortina.

—Pues á lo que se juega, señores, acérquese el señor cura y tome las cartas para la *malilla*.

—Yo tengo un duelo ajustado con mi amigo don Encarnación Correa, y vengo á batirme.